

January 1980

Orientación el aborto: ¿cuestión de iglesia?

Revista Universidad de La Salle

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Universidad de La Salle, R. (1980). Orientación el aborto: ¿cuestión de iglesia?. Revista de la Universidad de La Salle, (6), 85-90.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

ORIENTACION

El Aborto: ¿Cuestión de Iglesia?

“En medio de una gran desorientación de muchos cristianos, jóvenes y adultos, en torno a los problemas morales y concretamente el aborto, es indispensable oír algunas voces autorizadas que ubiquen las cuestiones controvertidas en sus marcos naturales, filosóficos y científicos, para poder encontrar una luz que ilumine el camino hacia las verdaderas soluciones razonables, humanas y cristianas.”

Es lo que hemos querido hacer al presentar hoy a nuestros lectores, estas ideas tomadas de una de las últimas obras de Claude Tresmontant, autor Francés cuya preparación en los campos filosófico, teológico y científico; es una verdadera garantía para guiarnos en campos tan delicados y de tan honda repercusión en la vida de los individuos y de la sociedad.”

L.D.

Nuestros contemporáneos entienden muy mal el problema de las relaciones entre la moral y el cristianismo. Imaginan, la mayoría, que la moral depende del cristianismo de tal manera que, sin el cristianismo, no habría moral. Es el cristianismo el que, por vía de autoridad, impondría una moral. Unos se alegran, y piden al cristianismo que siga desempeñando este papel de defensor de la moral. Otros lo lamentan, y quieren matar al cristianismo para sacudirse el yugo de la moral.

Ambos se equivocan, pues la moral no depende del cristianismo como se figuran. Las exigencias de humanismo que constituyen lo que se llama la moral o la ética se fundan en la realidad humana objetiva, y tanto si se admite la autoridad del cristianismo, como si no se admite, en ambos casos subsisten esas exigencias, legibles para toda inteligencia que observa lo que el hombre es. El

cristianismo implica ciertas exigencias de humanismo, las requiere, las presupone, pues no es posible conducir la humanidad a la divinización si no está, primero, humanizada. Pero estas exigencias de humanismo, no dependen de su autoridad, y menos aún de su arbitrariedad. Dependen de la realidad humana objetiva, expuesta al análisis de todo el mundo. Eso es, si se llegara a matar el cristianismo, como algunos tan vivamente desean, en nada se modificarían las exigencias de humanismo inscritas en la realidad objetiva. Lo único que cambiaría es la idea que pueda hacerse el hombre de su destino último.

El enorme equívoco, universalmente reinante, en lo que se llama "la moral", consiste, pues, en pensar que, para el cristiano, las exigencias éticas derivan de "la religión". Como, por lo demás, suele pensarse que la religión es un problema de fe, en el sentido contemporáneo del término, y no de razón, resulta, de esta secuela de equívocos y contrasentidos, que la moral deriva de una fe irracional y arbitraria para aquél que no la posee. El católico recibe del Vaticano sus directrices en lo referente a la moral. El pagano, el no cristiano, el ateo, no tienen por qué recibir, claro está, este tipo de directrices. Así se obtiene una moral para los cristianos, recibida pasivamente de sus autoridades religiosas, y una moral para la gente que no acepta tales autoridades.

Según la teología cristiana ortodoxa, desde san Pablo hasta hoy, las exigencias éticas, o morales, lo que pueden llamarse las **normas** de la acción y el comportamiento, se fundamentan en la experiencia objetiva, y todo hombre que tenga razón, judío, cristiano, o no, puede perfectamente discernir-

las partiendo de la realidad objetiva. Las exigencias éticas no son recibidas de modo pasivo y por vía descendente a partir de las autoridades religiosas, que las derivarían de una fe irracional. Las exigencias éticas se disciernen en la realidad objetiva, independientemente de la cuestión de saber si el monoteísmo cristiano es verdadero o no.

La iglesia, en efecto, enseña una ética, un humanismo, ciertas normas. Pero no las enseña como reveladas. Las enseña como verdaderas y fundamentales en la realidad objetiva experimental, cognoscibles por toda inteligencia humana. Asimismo, enseña la existencia de Dios, pero también profesa que esta existencia es cognoscible por toda inteligencia humana que reflexione correctamente sobre la realidad objetiva, el mundo, la naturaleza, y todo cuanto contienen.

Tomemos algunos ejemplos, que preocupan particularmente a nuestros contemporáneos.

La iglesia, la ortodoxia cristiana, siempre profesó y enseñó que el orden biológico, lo mismo que el orden físico y cósmico, es excelente, puesto que es obra del único creador. No hay dos dioses, uno bueno y otro malo, uno creador de las almas y otro creador de la materia y de los cuerpos. Esta doctrina, es la de maniqueos y cátaros, constantemente rechazada por la ortodoxia, la cual ha rechazado infatigablemente toda doctrina que profesara que en la naturaleza hay algo malo en sí.

La iglesia, la ortodoxia, siempre profesó que la sexualidad es excelente. Es una obra eminente del creador. La sexualidad es el medio con que el hombre y la mujer cooperan a la obra de la

creación, aquello que les hace cooperadores de Dios creador. Tanto para el biólogo, como para el metafísico, lo mismo que para el teólogo, la sexualidad es una maravilla. Tiene, claramente, por finalidad el participar en la creación de nuevos seres, que antes no existían. Según el cristianismo, estos nuevos seres concebidos están invitados a tomar parte en la misma vida de Dios.

Pero el biólogo, el fisiólogo, el psicólogo, el psiquiatra, el médico saben que existen formas anormales de conducta sexual. Es posible pervertir la sexualidad, es posible deteriorarla. No todo es igualmente bueno en el marco de la conducta sexual. Existen normas que conducen al hombre y la mujer a una conducta plenamente humana, rica, exaltante en el orden de la sexualidad. Existen asimismo conductas que deterioran el amor humano, que lo degradan, que lo envilecen, que lo convierten en repugnante, y que no hacen felices a quienes las practican.

La iglesia ha recordado siempre la existencia de estas normas, como recuerda la existencia de otras, y no porque sea ella la única que las ve: al contrario, profesa que todo hombre razonable puede igualmente percibir las observando la realidad objetiva. No por recordarlas, tales normas, las inventa la iglesia, como hoy en día se tiende a pensar. No las inventa, las ve en la realidad objetiva, y las proclama, las hace ver. Pero las personas que no pertenecen a la iglesia, ni al cristianismo en general, ni al judaísmo, pueden verlas perfectamente también, a menudo las ven muy bien, a veces mejor que cuantos se llaman cristianos, porque observan mejor la realidad objetiva. No es necesario ser cristiano para darse cuen-

ta de que existen, en la práctica de la sexualidad, conductas mórbidas e irregulares, conductas que, de hecho, destruyen el amor humano.

Así, pues, no es la iglesia la que impone, desde fuera, de lo alto de su autoridad, unas exigencias, unas normas. La iglesia ve estas normas inscritas en la realidad objetiva, y las enseña, como enseña ciertas verdades filosóficas, metafísicas, que cada cual puede asimismo discernir en la realidad objetiva.

Tomemos el caso del aborto. La iglesia se opone totalmente a la práctica del aborto, que considera algo abominable. Pero no por capricho suyo, ni por una decisión suya arbitraria. El análisis objetivo del embrión en el vientre de su madre muestra que este embrión es algo organizado, informado. Desde el comienzo, el embrión es un psiquismo, un psiquismo inconsciente, no despierto, pero un psiquismo auténtico. Los trabajos de la psicología profunda han establecido, pronto hará un siglo que existe una vida psíquica del embrión. Si el embrión no estuviese organizado, informado, no sería un embrión: no sería más que materia, eso es, cadáver. Esta información, esta organización, la tradición filosófica, la llama, desde Aristóteles, alma. Una convención. Igual podría llamarse de otro modo el hecho de que el embrión sea una estructura informada, organizada, y que sea un psiquismo. Si la palabra "alma" desagrade, no se utilice, y en paz. Pero ello no quita que el embrión sea un ser, un ser viviente inacabado, organizado, un psiquismo. El sistema nervioso tarda muy poco en formarse en el desarrollo embrionario. Probablemente desempeñe ya un papel de orientación en este desarrollo.

Claro está, el embrión no es un ser acabado. Pero tampoco lo es el niño que se mece en la cuna. Por lo demás, un vástago humano puede salir más o menos temprano de la matriz. Puede nacer prematuro.

Si matar un niño en la cuna es considerado como un crimen, un asesinato, un homicidio, particularmente odioso, no se acaba de ver por qué matar el mismo niño antes de que salga del vientre materno no sería un asesinato del mismo orden.

El alma no viene al embrión al nacimiento, cuando el niño sale del vientre de su madre. El alma es lo que constituye el embrión, el alma es el principio de organización, de información. El alma es lo que se llama, en otro lenguaje (griego en vez de latino. . .) el psiquismo inconsciente del niño en el vientre de su madre.

Es imposible fijar arbitrariamente un momento en el que el embrión no estaría aún animado, y luego un momento en que ya lo estaría. El embrión está siempre organizado, informado, eso es, animado, de otro modo no sería ya un embrión.

No juguemos con palabras. No hay que engañarse modificando el vocabulario. Hay que tener el valor de llamar lo que se hace por lo que es. Matar un embrión de hombre en el vientre de su madre, es matar un vástago humano, inacabado, igual que el niño acabado de nacer, plácidamente dormido en su cuna. No hay una diferencia de naturaleza entre el niño que acaba de nacer y el niño que, día más, día menos, estaba en la matriz. Si matar un niño en su cuna es un homicidio, un crimen, un asesinato, matar al mismo niño en la matriz, un mes, dos meses, seis me-

ses antes, es siempre y exactamente el mismo crimen, el mismo asesinato.

Si se estima que el hombre no debe matar a un hombre vivo, ni a un niño en su cuna, tampoco debe matar al mismo niño en el vientre de su madre.

El problema del aborto es un problema de filosofía natural. El problema está simplemente en saber qué es este embrión dentro de la matriz. No es posible establecer una discontinuidad entre este niño en la matriz y el mismo niño en su cuna. El crimen es el mismo, mátese a aquél o a éste.

Esto es lo que la iglesia piensa. Pero no en nombre de la revelación. Lo piensa porque así es, y lo ve, y porque así lo ve igualmente todo hombre normal, razonable y de buena fe. Esto no depende de una teología. Es la conclusión de un análisis objetivo de lo que existe, de lo que es.

En las controversias actuales, las personas que desearían obtener la libertad del aborto declaran: "Mi cuerpo es mío" Es innegable que estas personas son cuerpos, y que estos cuerpos que ellas son, estos organismos vivos que las mujeres son, son autónomos, libres. Pero el error, el sofisma, en lo referente al aborto, consiste en deducir: "Por lo tanto tengo el derecho de matar al niño que está en mi organismo".

Pues el niño que está en vías de desarrollarse en la matriz de una mujer, no es **propiedad** de ésta. Ahí está el error. Uno puede ser propietario de una casa. Pero ello no da el derecho de matar a la gente que por ella transite, la gente que en ella entre o en la misma habite. Nadie tiene el derecho de matar al huésped que esté bajo

su techo. La ley de la hospitalidad era entre los pueblos civilizados una ley sagrada.

El niño que se desarrolla en la matriz de una mujer no es su propiedad. es un **huésped**.

Se objetará: Pero ¿no es la mujer la que ha hecho este niño que está dentro de ella? Luego este niño es suyo, es propiedad suya. Ya lo vimos desde el principio de este trabajo (3): el niño que se desarrolla en la matriz de la mujer, no es la mujer quien lo ha **creado**. La mujer comunicó un mensaje genético. El hombre comunicó un mensaje genético. A partir de estos dos mensajes, se forma un fruto humano, una persona se concibe. Mas ni el hombre ni la mujer son, en sentido propio **creadores** de este niño. Han cooperado a una creación. Cada uno ha proporcionado un mensaje genético. Y la creación se opera en el seno de la mujer. Pero la mujer no es creadora de este niño nuevo que es creado. El niño no es su propiedad, en el sentido en que el artesano puede ser propietario del objeto por el fabricado. El artesano puede destruir, si quiere, el objeto cuyo autor es. Pero la mujer no tiene el derecho de matar al niño por ella engendrado, una vez nacido, pues no es "cosa" suya. Tampoco tiene el derecho de matarlo antes de que haya nacido, y por la misma razón.

En realidad, matar a un niño en su cuna luego de haber nacido, o en la matriz, antes de su nacimiento, es el crimen más grave que existe, pues se priva a un niño de su vida de hombre, de su tiempo de desarrollo. Se admite, en las sociedades que se dicen civilizadas, que matar a un hombre adulto, o a un viejo, es un crimen, un asesinato. Cuando se mata a un hombre o a una

mujer de cierta edad, se les priva de los años que podían quedarles de vida. Cuando se mata a un niño al principio de su desarrollo, se le priva de una vida entera. El crimen es, pues, mucho mayor.

La Iglesia enseña todo lo dicho, no por ser revelado, sino por ser verdad. Basta reflexionar un instante y sin prevenciones, para verlo.

La diferencia entre la iglesia y ciertos hombres y ciertas mujeres, está en que la iglesia ama a los seres, y estima que no deben matarse los seres que existen, que tienen el derecho de desarrollarse y vivir. Ama a los seres vivos, y en particular a los hombres vivos.

Naturalmente, si no se ama a los hombres vivos, a los niños vivos, a los seres vivientes, si se estima que es de poca importancia matar a los seres vivientes, entonces también se puede ser partidario del aborto. Pero en tal caso hay que profesar abiertamente, francamente, que no se aprecia en mucho, que se estima en poco la vida humana.

La iglesia da un valor infinito a la vida humana. Tiene los ojos puestos en el ser de los seres, y ama a este ser. Todo hombre normal puede verlo igual, fijándose derechamente en el ser. No es necesario ser judío o cristiano para amar a los seres que existen. El problema del aborto es un problema de filosofía natural. Es un problema que depende de la ontología. Las normas éticas, al respecto, derivan de una consideración, de un análisis, de aquello que existe. No se deducen de una teología previamente supuesta, y de modo arbitrario. Basta tener el sentido del ser y el amor del ser para reconocer que el aborto es el más abominable de los crímenes, pues afecta a unos seres a los que se priva, así, de su vida

entera, de su tiempo de desarrollo (1) y que se hallan totalmente indefensos.

En lo referente al problema del aborto, planteado hoy por los países que, irrisoriamente, se llaman a sí mismos "civilizados", puede comprobarse que el método del homicidio es siempre el mismo: se empieza por la mentira. El homicidio y la mentira van ligados. En las recientes guerras coloniales, por ejemplo las de Francia en Indochina, los había que utilizaban una expresión abominable: **casser du viet** (cascar a los viet). Con este lenguaje se transformaba a los hombres del Vietnam en materia indefinida, en algo que puede casarse. Durante la guerra de Francia contra Argelia, otros (o los mismos) se atrevían a utilizar una expresión que apenas osamos citar: **crever du raton** (reventar ratones). Una vez más, el método consistía en reducir, mediante el lenguaje, a unos hombres creados a imagen de Dios, a la categoría de bichos roedores. Cuando los sanguinarios ejecutores de matanzas nazis exterminaban a millones de hombres en los campos de muerte, empezaron enseñando que aquellos hombres no formaban parte de la especie humana, por pertenecer a una raza que no era aria.

Lo mismo se diga del aborto. Para proceder a esta matanza de millones de niños en el vientre de su madre, para justificarlo, para no tener que soportar la angustia intolerable, resultante de la conciencia de haber mataado a un ser humano, se empieza declarando que no se trata de un ser huma-

no. Se compara la gravedad a un envenenamiento. Los hay que han osado comparar el feto humano a un tumor canceroso. El procedimiento es siempre el mismo. Se trata de negar, de palabra, mediante el lenguaje, que se trata de seres humanos. Siempre se hallará a un sabio con su premio Nobel para tranquilizar las conciencias afirmando que el embrión no tiene psiquismo o (algo que hemos podido ver), ¡que no tiene sistema nervioso! Pues bien, basta consultar los tratados de embriología más elementales para saber que el sistema nervioso es lo que se forma primero en el embrión.

Se ha llegado incluso a oír a un profesor de medicina declarar a millones de oyentes que la mujer encinta está, en estado de "legítima defensa"! Así: ¡se compara al niño que ella lleva, al invasor, al enemigo que viene en son de ataque, al asesino o al ladrón que blande sus amenazas!

A partir del instante en que uno se permite tales comparaciones resulta evidente que la discusión positiva, racional, científica, no es ya posible.

Dentro de algunos años, cuando los niños que hayan escapado a la matanza sepan lo que sus madres hicieron con otros hijos que llevaron en ellas, y que evitaron la misma suerte por azar, mirarán a sus madres de un modo extraño. El doctor Freud no habrá tenido ocasión de aclarar el significado de esta mirada. Pero sus discípulos sí podrán hacerlo. (2).

1. Para el judío y el cristiano, la cuestión es aún más grave, pues hay que preguntarse: ¿qué será de esos seres a los que se ha privado de su tiempo de desarrollo, del tiempo necesario a un hombre para responder a la invitación a él dirigida?
2. "Introducción a la Teología Cristiana" - Editorial Herder - 1978-Barcelona, páginas 575-583 y 77-79.